

Memorias de un normalista pampeano

Juan Ricardo NERVI*

* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Profesor Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Camino a Toay”, óleo
Néstor Salameo

Continuamos en este número las *Memorias de un normalista pampeano* que fue editado semanalmente por el Diario La Arena durante los años 1979 y 1980 para recuperar distintas vivencias y recuerdos de ese período.

La lección nuestra de cada día...

No teníamos defensa. “Magíster Dixit”, era la consigna. El libro de texto era como la Biblia. Se nos exigía: “Estudien para mañana desde aquí (una “x”), hasta aquí (otra “x”). era lo inexorable. Salirse de aquellos lineamientos era como jugarse el futuro docente. “¿Qué dice su librito...?. Esperábamos la preguntita sabedores que en ella estaba nuestra sentencia. Regresábamos al banco cabizbajos, humillados. “¿Qué dice su librito...?: todavía no recuerdo la inquistorial requisitoria. Y aquella tarde en que con Facio, Victorio, Toto, Pepe y César, resolvimos “jugarnos”, esto es, abolir por nuestra cuenta el **texto único**. ¿En qué año era?. La memoria no llega a tanto,

pero evoca con nitidez el asombro, la perplejidad que nos causaron algunos conceptos que, decididamente, no compartíamos.

- No podemos aceptar estos disparates— dijo Victorio.
- Esto es para infradotados...— agregó Facio.
- Pero debemos fundamentar nuestra discrepancia— señaló.

Lo hicimos. Cada cual por su cuenta se encargó de elaborar su idea acerca del tema. Se consultaron libros, diccionarios, tratados. Pero se trataba de romper un esquema rígido como carapacho de gliptodonte. Ibamos a correr el albur de desafiar el sistema. Habíamos decidido pensar por nuestra cuenta, confrontar datos, hechos, ideas. ¡Al diablo con la enseñanza libresca!

Llegó el día en que debimos afrontar la situación. El día y la hora. A Victorio “le hacía falta nota” y pidió pasar. Levantó la mano con insistencia, pero el profesor parecía ignorarlo.

- ¡Señor...— pidió.

El señor profesor prefirió “hacer pasar” a uno de los compañeros que teníamos en la categoría de “traga”. Y ante el asentimiento del dómine, el alumno recitó, prácticamente de memoria, el contenido del texto. Casi al unísono, Victorio y yo rompimos la letanía del grito de:

— ¡Eso no es científico...!

¡Mejor no haberlo dicho! El profesor se hincho como un escuerzo, según su costumbre.

— ¿Qué oigo...?— dijo.

“Lo que ha oído”, dije yo sin saber de dónde pude sacar tanta serenidad: “eso carece de fundamentos científicos. Claude Bernard dice “que no hay efecto sin causa”... y el texto...”

No pude continuar. Con su voz de Júpiter Tonante, nasal y furibunda me indicó la puerta:

— ¡Retírese... Fuera...! ¡Cómo se atreve...!

Me resistí, indignado. Miré a mi alrededor. Por todos lados cabezas gachas. No sabían si sentían vergüenza por mi, o por ellos.

— ¡Rajá...! Es capaz de expulsarte...— me susurró Juan Bautista.

Victorio intentó un comentario en mi defensa. Y nuevamente la voz gangosa del profesor hizo temblar paredes y conciencias:

— ¡Usted también...! ¡Fuera... afuera los dos...!

Nos miramos, entre rebeldes y compungidos. ¿Qué hacer? ¿Todo debía quedar así, como estaba? ¿De qué servían nuestras decisiones ahora tan indecisas...? Creo que, al igual que yo, Victorio no estaba dispuesto al suicidio intelectual. “¡Otra vez será...! Habrá que apelar a otros medios para que nos dejen pensar sin pedirle permiso al profesor...”, me dije.

Salimos. Sabíamos que íbamos a ser amonestados. Pero era preferible la amonestación a la expulsión. En aquel momento pasaba don Germán:

— ¿Qué os pasa, muchachos...?

¡El buen viejo! Lo miramos con ternura. Notó nuestra tristeza, aquel abatimiento, esa mezcla de rabia e impotencia y comentó:

— ¡No estén tristes... Sois jóvenes, tenéis todo por delante! ¡Anónimo! Vosotros, los disconformes, seréis los mejores maestros... ¡Si lo sabré yo que ya tengo toda una vida como portero en esta escuela!

Sonreímos. Reímos con él. Allí estaba la lección que inútilmente esperábamos de profesores

como aquél que nada quería saber de Claude Bernard, sencillamente porque no figuraba en el libro de texto, en la lección del día...

Memorias de un normalista santarroseño.
18 de diciembre de 1979 - Diario La Arena

El profesor de Matemática

Aquello de los monomios, binomios y polinomios tenía sus bemoles. No eran para cualquiera, y así nos lo repetía el profesor, un bondadoso (o mejor dicho, un piadoso) y comprensivo farmacéutico. La primera “trabucada” la tuvo Facio cuando pasó “a dar la lección” por única vez y realizó su primera gran síntesis matemática al decir sencillamente “moninomios” en una gaffe que el viejo maestro no le perdonó nunca:

— ¡A mi con “moninomios”... Sepa, señor, que yo no admito bromas...! ¡Prosiga... veamos qué sabe...!

Y ahí estaba Facio, con una sonrisa estereotipada, como cargándolo al profesor. Y una vez más su cohibición:

— Se llama “moninomio” a...

— Suficiente, señor... Siéntese...! ¡A mi con moninomios” y risitas...!

Lo de moninomio era un “lapsus linguae” parecido a un epitafio, es cierto, pero ¡la sonrisa! Aquella sonrisa “cachadora” que estaba en la cara de Facio como la máscara alegre de la tragedia, aquella sonrisa invariable, inevitable bajo su volteriana nariz, resultaba in-to-le-ra-ble para el profesor Mendoza. A Facio jamás le cupo “el beneficio de la duda”: fue –de ahí en más y con su posterioridad precoz– un sentenciado a marzo...

En cambio Toto era una especie de Humprey Bogarte estudiantil. Alto y anguloso, mantenía en clase una adusta seriedad. Tenía su Nirvana particular en el último banco.

Mientras escuchaba –o aparentaba escuchar– las explicaciones del profesor, “banco adentro” sus manos armaban el cigarrillo que fumaría más tarde en el baño. Su tabaquera era como un talismán; sus cigarrillos eran famosos porque usaba tabaco “del fuerte”, esto es, del más barato. En los recreos, mientras el humo salía del ba’ño como de una chimenea, los “secos” clamaban por una pitada...

Toto tenía a su cargo borrar el pizarrón después de la última lección de matemática: lo hacía en forma aparatosa, visible para el profesor. A la salida de la clase, entre los “¡Que nota me puso...! De los que sí habían desarrollado un teorema con matemática precisión, Toto, con su habitual aduleta y su voz ronca de tabaco, también inquiría:

— ¿Qué nota me puso... señor?

El profesor lo miraba de hito en hito:

— Realmente... no lo recuerdo... — y trataba en vano de ubicar la lección de su interlocutor.

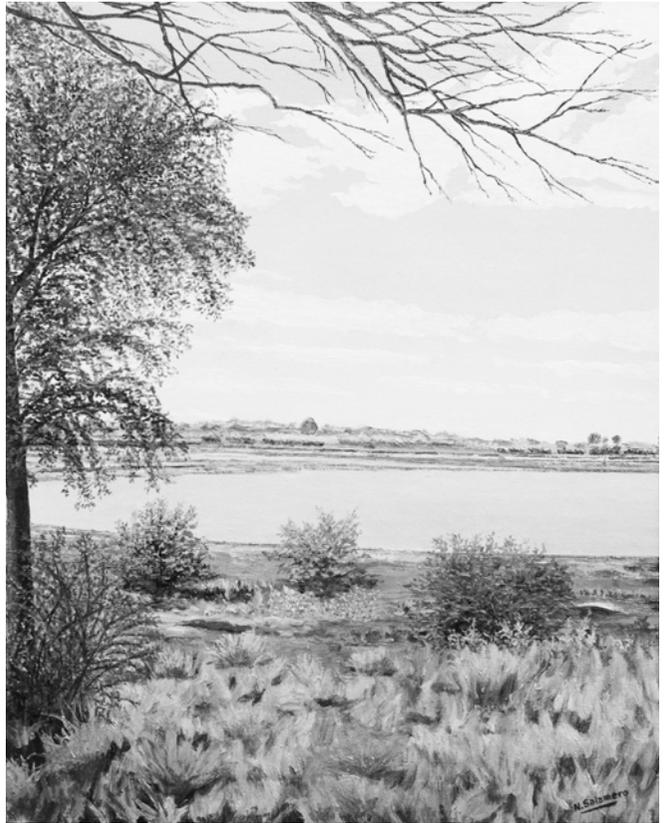
— Pero, señor... Yo fui el último ¿no se acuerda?— argumentaba con seriedad “Totilo”.

Alguien —por lo general Fioravanti— aseveraba que Toto había estado muy bien, que patatín y que patatán... Y así, con un “¡Basta, basta, ya lo ubico...! Tanto como para que dejaran de cargosearlo, el bueno de Mendoza le ponía un ocho...

Tengo para mí que el profesor “no se tragaba la píldora”, y que nos tenía “calados” desde el primer día de clase. Pero aquella seriedad de Toto contrastaba de tal modo con la sonrisa de mascarita de Facio, que tal vez por el contraste, lo tenía a Toto entre los alumnos de ocho ¡nada menos! Por borrar el pizarrón...

¿Qué habrá sido del profesor Mendoza? Cierta tarde, ya catedrático en la “nueva” Normal, creí verlo en el vano de la puerta, como cuando nos esperaba para entrar a clase. Fue una ilusión óptica. Un fantasma. Ese día entré a dictar mi clase como si le estuviese dando mi lección a él mismo, con su gabán raído, sus blancos cabellos asomando al costado de la calvicie, y aquel aire de quien está de vuelta de todo.

Mis alumnos de cuarto se sorprendieron cuando, en lugar de la prueba escrita, comencé a hablarles de aquel hombrecillo, de los “moninomos” de Facio, y de “la gran muñeca” (así le decíamos a Toto) que con sólo borrar el pizarrón tenía ocho de promedio en matemática. No lo hice en tono de burla. De ningún modo. Aquella evocación tenía algo de ensueño y de ternura. La evocación de un hombre bueno, casi in-



“Final de laguna”, óleo
Néstor Salameiro

genio, que tenía el don de la humildad, que era su mayor sabiduría. ¡Qué lindo viejo, el profesor Mendoza!

Memorias de un normalista santarroseño.

8 de Enero de 1980 - Diario La Arena

Exámenes cuatrimestrales

Creo que en aquel año de 1940 comenzaron “los cuatrimestrales”. Las calificaciones de los dos cuatrimestres se promediaban con la anual (producto de las notas regulares de los bimestres) y el promedio dependía de la eximición, el paso a diciembre y el examen complementario de marzo con su retahíla de “previas”.

- Los que se eximen, se eximen ¡y chau...ya está!— comentaba el “Gordo” Fioravanti.
- Pero... ¿y nosotros, qué hacemos nosotros con este lío de promedios? Aquí no hay vuelta que valga: ¡o aprobás ...o aprobás!— argumentaba César mientras pulsaba la guitarra.

— ¡Muchachos... es cuestión de especularla... No todo esta perdido!— intervino Toto dándole una última pitada a su “armado”.

Y ahí nomás comenzó, este catarro y catarro, su perorata. Créase o no, fue lo bastante convincente como para que los escucháramos en silencio. Y en esa intervención –hay que reconocerlo– Toto “se consagró” líder de los “macheteros”. Las sabía todas, lo de las mangas almidonadas, lo de la corbata, lo de los rollitos en los caramelos (copia fiel de los viejos “confites” con sus correspondientes cuartetos amorosos), lo del lápiz prolijamente vaciado para dar cabida al “machete”, lo del tintero involucable y el “buen uso” del boquete donde se insertaba el tintero común al banco, lo de la regla y la escuadra (y si era preciso, también lo del compás...) con el agregado del posible aprovechamiento de su tabaquera. Falta poco para los primeros cuatrimestrales, y con cada prueba escrita íbamos probando, dos o tres cada vez, cuáles eran las tácticas y estrategias más aptas. Muchos abdicamos: costaba más, mucho más, elaborar el “machete” en letra **liliput**, que estudiar la lección. Se nos acusó de “desertores” y otras yerbas, pero lo cierto es que aquella idea del Ministro Coll –la de los exámenes cuatrimestrales– nos atrajo desde el primer momento. Era como un desafío para nuestras discrepancias como el sistema de evaluación imperante en la Normal desde la época de don Clemente Andrada. Decidimos, pues, aceptarlo para “**ver que pasa**”. Así lo hicimos saber a quienes estaban en aquello del “machete” y logramos una que otra adhesión. Nuestra sorpresa no tuvo fronteras cuando Toto se nos acercó y nos dijo:

— ¡Muchachos...estoy con ustedes: estudiaremos en grupos hasta “quemarnos las pestañas”...!

Nos miramos con Victorio, y sonreímos al unísono. Es que los dos pensábamos en que aquello de “quemarse las pestañas” le venía al pelo al “Flaco”; cada vez que encendía un “faso” de su producción, salía una llamarada del papel sobbrante en la punta...

César no quiso saber nada.

¡Cómo voy a largar ahora que tengo todos los temas hechos... y bueno laburo que no me costaron...! Eso sí, no los abandonaré: eso ¡nunca! Mientras ustedes estudian yo les haré música de fondo con la guitarra...

Fue al primero que “pescaron”. En Francés: “zero”. Más tarde fue al “Gordo” Fioravanti en Castellano.

¡Cínico...usted es un cínico...!— le decía al “Gordo” la profesora y a la vez Directora de la Escuela y repetía: ¡Cínico, cínico, cínico!

El “Gordo” se mandó una de las suyas:

— ¡Abrevie, señorita, abrevie... Con decir cínico al cubo basta ¿no le parece?

Pobre “Gordo” Fioravanti! Todavía debe estar rindiendo Castellano...Aquel “**Cínico al cubo**” pasó a la historia.. y a su prontuario.

Todo esto carecería de sentido –como los –“exámenes cuatrimestrales”, que no pasaron de ser un “escrito” más–, si no fuese porque Toto, que se le pasaba fumando, tomando mate y durmiendo mientras nosotros estudiábamos a todo vapor, aprobó olímpicamente la mayoría de aquellas pruebas...¿Qué cómo lo hizo? Nunca lo supimos. Pero tengo para mí que aquel repertorio de “machetes” que sabía enrollar como si se tratase de uno de sus cigarrillos, esto es, con la meticulosidad de un veterano, fueron también meticulosamente utilizados en aquella emergencia.

Toto, “el Flaco”, ya no está. Cumplió con dignidad su etapa de maestro, tal como lo sostenía el viejo portero Don Germán. Con dignidad y lealtad, porque así fue él: digno y leal. Entra en la anécdota con la alegría del recuerdo, fresco aún. Sale de ella para enriquecer nuestra madurez decididamente nostálgica y meterse con su voz ronca, su tos y su “faso”, en ese recodo del corazón donde ya no cabe el Olvido.

Memorias de un normalista santarrosense.

29 de Enero de 1989 - Diario La Arena

La profesora de francés

Hay palabras cargadas de magia. Basta evocarlas para reencontrarse con el adolescente que fuimos, que nunca dejamos de ser. Son muchas, es cierto, pero siempre hay una –solamente una– que nos devuelve a ese país de ternura que supo de la alegría y la pena, ¡tan gemelas, ay, como las dos gotas de agua que parecían perlas en las orejas de “Platero”, nuestro “Platero”...

La profesora de francés tenía todo lo que debe tener un docente dedicado a la formación de adolescentes: talento, preparación, una cultura fina e incisiva como su sentido del humor, una espontánea y versátil comunicatividad con los alumnos sin concesiones a la mediocridad, segura en el dominio de la clase, pero sin estridencias (“**Vous avez “copi”...vous avez zéro...**”



“Sin título II”, óleo
Néstor Salamero

le había dicho a César con una sonrisa) capaz de conmovirse con los versos de Baudelaire, de Rimbaud, de Verlaine....(¡Qué hermoso aquel poema que decía: “Les sanglots longs, des violons, de l’automne...!”)

Mi piemontés –aquel “patois” que constituía el habla de mis mayores– me ayudó lo suficiente como para leer de corrido aquel libro de Germaine Cadours de Bignon a poco de iniciadas las clases. La monotonía de las lecturas era quebrada por aquellos fragmentos de Hugo, de France, de Merimée, de Flaubert que, diccionario a la mano, traducíamos con relativa rapidez y eficiencia. “**Au bord des mers, au long des flauves, dans la vallée el sur le mont, batissons des écoles neuves/ pour le petites qui nous aimons...**” Verso a verso íbamos labrándonos una cultura poética por la que desfilaban los grandes de las letras francesas. Esperábamos la hora de Francés como un maná espiritual. Austera, a veces rígida pero siempre equilibrada y justa, la profesora nos tenía poco menos que magnetizados.

Aquella tarde trajo consigo una notoria carga de melancolía. Lloviznaba como suele hacerlo en La Pampa, como el llanto fino de un niño. Un susurro nos bastó para convenir con Victorio que ese día gris “el libro de texto” no iba a ser abierto, es decir, que la profesora espantaría su niebla íntima con un repertorio inédito de trozos literarios de su preferencia. Y así fue. Supimos aquel día que un desconocido autor –para nosotros– había escrito un alegato pacifista que comenzaba diciendo: “Sólo conozco dos pueblo en la Tierra: aquéllos que sufren y aquéllos que

causan sus padecimientos”; y que aquel escritor era nada menos que Román Rolland...”**La paix...la paix...¡Nous avons besoin de la paix...!**” Aquella clase fue un melodioso canto a la paz; para nosotros –de ahí en más– un compromiso antibélico. Después llegó el poema: **La Letre** (¿era de Barbusse?: “**Je t’écris et la lampe écoute...**”, a media voz, a tono con la garúa, casi con recogimiento. Y de pronto aquella palabra: “J’ai de la douceur de naguere.. ton pauvre coeur sanglot en moi...”. Sí, aquella palabra

tenía sabor propio, podía paladeársela, dibujarla en el aire. Como era su costumbre, la profesora invitó a la consulta del diccionario para definirla, identificarla. Confieso que no tenía la menor idea de su significado, pero sin abrir el libro, y antes que otros tuvieran tiempo de hacerlo, levanté la mano.

- ¿Sin diccionario...?, me preguntó sonriente.
- Es que usted la pronunció de un modo especial, con una sonoridad que más bien parecía una nostalgia... Por eso yo sé qué significa...
- ¿A ver... a ver...?
- Se refiere al tiempo, le dije. Al pasado, no sé si cercano o lejano. Pero es algo del ayer digno de recordarse; de no ser así, usted no hubiera sonreído como lo hizo...
- ¿Y al fin... qué significado le dio usted...?
- Para mí no puede ser sino esa palabra: **otro-ra...**
- No es exactamente eso... pero, sí, acepto su definición: **otro-ra** es una palabra tan bella como **naguére...**

Nunca supe por qué había sonreído la profesora de Francés al pronunciar aquella palabra. Pero para mí tuvo algo de mensaje, de una incierta remembranza de algo hermoso, el indicio, el signo de una ternura que hoy, al amparo de un follaje de años y olvidos, reaparece con la imagen de aquella maestra. Así –magia al fin– me basta con decir **naguére** para robarle al Tiempo una sonrisa; una extraña sonrisa.

Memorias de un normalista santarroseño.
18 de diciembre de 1979 - Diario La Arena